

# Felisa Bursztyn

Escribe: MARIO RIVERO

Cuando el mundo artístico con su sensibilidad antena del tiempo registró la decadencia y limitación de los llamados materiales nobles, el hierro, con la sustancialidad y el atrevimiento de sus formas, atrajo a los escultores más lúcidos, y el resto del mundo, comprendió, las razones del hierro.

Más adelante, y siempre dentro de esa insatisfacción artística que origina nuevas apetencias y nuevas exigencias, vinieron, casi simultáneamente, y tendiendo a especificarse de modo genérico, el cemento para lo estático y monumental, y, en avance espectacular de lo utilitario a lo artístico, el aluminio, para incursionar dentro de la belleza funcional o mecánica, y el plástico, tan propicio a la experimentación y la abstracción.

Con el movimiento Informal, junto a los materiales tradicionales, y dentro de ingeniosas combinaciones y con procedimientos técnicos nuevos, aparecieron también el cuero, el corcho, el carbón, las raíces, el cuarzo, ahora no ya, dentro del enaltecimiento simbólico que les concediera el Surrealismo, sino como núcleo estructural, en esta

estimación, advino también la chatarra, como material de extrañísimo poder expresivo. Pero el mundo, no artístico, se resiste a comprender las razones de la chatarra; las posibilidades de conmoción, de drama, que adensan esta materia de influjo tan constante en nuestro vivir, con que Felisa Bursztyn, construye sus armazones, gesticulantes, gritadoras, para afirmar una verdad braceante, y afirmarla de manera brutal. Entregándose al experimento creador con un material tan difícil, tan equívoco, y manipulándolo dentro de las imposiciones que de él dimanaban, es decir sin ensoñación, sin introspección, pero también sin sometimiento; movida por el impulso creador, como el influjo que quiere descargarse y que determina el gesto vivaz y a veces la ocurrencia un tanto improvisada del tanteo experimental, que la lleva a aglomerar desperdicios, o a empenachar latas, en la forma más estrambótica.

Peró Felisa no puede ser considerada como una artista superficial. Está comprometida entre el sentido de verdad y el de expresión precisa de cualquier cosa que



le sobrevenga, por contradictoria o absurda que parezca. Y sus artefactos tienen el coraje de exaltar esa tensión; de gritarla; operando ya sobre un concepto formal liberado e inquieto, y con sugerencias vertiginosas que hacen improbable su estancamiento.

La palabra misma "chatarra", usada con intención agravante constituye una abreviatura del lenguaje y del concepto que corresponde a lo deleznable y lo inútil. Estas esculturas hechas con detritus, arman así un identificable cuerpo plástico, dentro de cuyas formas se hace experienciable la tristeza de las cosas precarias, ab-

surdas; pero no son las depositarias pasivas de la triteza, sino que son ellas mismas la tristeza y la caducidad. La patentizan. La objetivizan

Revienta también como espejismos de hojalata, el cuerpo de los mitos y la carne de la victoria, con una forma concentrada en lo esencial, incumplida, o incierta, que de esta suerte se hace irónica y delata un escepticismo.

De todos modos, Felisa ha encontrado una expresión que la singulariza. Un lenguaje despojado, azaroso, inequívocamente suyo: "las chatarras de la Bursztyn".